

Crónicas de un tiempo



Lilia Ramos

Es natural que mi interés hasta hoy inmarcesible en el laborar de los demiurgos en todas partes, me empuje a buscarlos. En esas correrías, no sólo agujeeo su numen, sino que me cunden otros regocijos: su plática y su floreo y con ellos, sus calidez, informes, esperanzas..... Todo lo fértil que brinda gusto a la vida al compensar tantos sinsabores.

El eco resuena: un libro de Adela Ferreto y con él, un retro ambulare súbito a mis años verdes en la Ciudad de las Flores. Desde luego, la resolución de una lectura inmediata. Aunque sea muy atractiva, no la haré de un tirón: innumerables reminiscencias me van deteniendo en la ruta y también el deseo de ir garabateando observaciones para glosar. La obra es una rica monografía: Heredia y sus gentes en un lapso determinado. Mas su habilidad la lleva a saltar confines y entonces algunos acontecimientos patrios se yerguen y dan acento nuevo sin que la historia pierda su carácter. Toda la edificación tiene una meta limpia: encuadrar a su progenitora. No es que vaya a colgar un óleo inmenso en un muro para contemplación de eruditos o dilettanti. La realización es mejor: en el microuniverso de su tierra, Doña Cata existe con su vitalidad sorprendente y con sus cualidades.

“Mamá era bonita: blanca, un poco pecosa; ojos verdes, severos; boca firme; nariz respingona, linda barba con hoyuelo, delgada, esbelta. Limpia y sencilla en el vestir, alegre: se la pasaba cantando mientras hacía el oficio, hablaba con mucho gracejo y sabía reír; franca y sin doblez; muy activa, sin pereza”.

Diáfana en mi retentiva. Compañera de Adela en la Escuela Normal, yo iba a menudo a su casa. Don Egidio, su

padre, ya estaba muy enfermo y Doña Cata hacía toda clase de trabajos para que nada esencial faltara a los suyos. Otrosí: se esmeraba en tener como “ajitos” los aposentos, la cocina, el patio... hasta el último ostugo donde había leña hacinada. Por temperamento y deber, mantenía una actividad extraordinaria que no era óbice para suspenderla unos minutos: nos daba aliento, una broma, un regaño o una sonrisa luego de un chiste o al regalarnos un pisco labis.

Aficionados, estudiosos e indagadores de las ciencias humanas y naturales, hallarán un manantial de conocimientos en *Crónicas de un tiempo*. Hombres y mujeres; ancianos, adultos, jóvenes, infantes de toda clase: miserables, pobres, ricos... humildes y seres encumbrados por el dinero. Ignaros, ilustrados, enciclopédicos, primates. Todos los sujetos muy bien ubicados en su ambiente poco más o menos estable o transitorio. ¿Cómo logró ese archivo opulentísimo? Con su vida plena, sin tregua moviendo sus antenas hipersensibles y, por supuesto, grabando esas multitudes: sensaciones, imágenes, ideas, en su memoria descomunal.

Son tan completas las escenas y los cuadros ofrecidos, que aún los chismes aparecen. Y en algunos pasajes, sobre todo los concernientes al teatro, brilla su humorismo. Adela Ferreto fue aglomerando haberes —individuales y ajenos— hasta que se le impuso la necesidad apremiante de entregarlos a sus congéneres. Su obra contiene mensajes adunia y todos lucrativos. Es un libro documental. ¡Lástima que la forma desvalore mucho el tenor!

La negligencia del estilo es palmaria en el maximum del texto. Me atrevo a decir que del todo, no hubo afinamiento: la autora dejó a su pluma en la más absoluta libertad y luego de terminarlo, lo puso a buer recaudo hasta la hora de mecanografiarlo. El neonato partió sin caricias... La escritora violó algunos preceptos gramaticales básicos, hecho que no sólo afea la elocución, sino que obnubila el pensamiento. En oportunidades le resultaron anfibologías y hasta errores.

Enhorabuena Doña Cata es la protagonista. Su biografía pudo haber hecho una coordinación de los dispersos legajos especialmente dedicados a ella y elaborar un solo capítulo. La semblanza habría recabado unidad, más vigor y nitidez. Los cuentos de Doña Cata y de Teresa, podrían haberse utilizado para una obra aparte. Adela Ferreto es una gran acopiadora: debe guardar un material muy abundante. Pienso que esos relatos, varios comunes, declaran nada o muy poco trascendental de la individualidad de la heroína.

La desorganización la obligó a anáforas y a batologías. Además, las iteraciones tienen otro derivado: la falta de palabras de relación. Ejemplo: “...amarrábamos una peluca hechiza. Esta peluca la hacíamos...” El pronombre relativo que, habría evitado las repeticiones -sustantivo y artículo. La escritora emplea mayúsculas indebidamente y puntúa de manera antojadiza. A menudo aplica demasiados signos que son inútiles u obstaculizadores: “En la escuela “for-

mábamos”: largas filas”. “El parque: con caminitos enarenados; alrededor, la hermosa...” En su mano, el punto y aparte deviene obsesivo. Se vale del guión mayor en lugar de las comillas y viceversa. Cierra una frase con una admiración, pero sin haber puesto la de apertura. Toma un vocablo y no lo suelta: en quince líneas, usa niño siete veces y en un renglón, dos el femenino. Las cacofonías disuenan en algunas páginas regulares o buenas: “Para peores...” y a su disposición tanto peor. Agobia con los diminutivos: “...un taponcito. El taponcito era un pedacito...” “...con tamuguitas de pasados, con un guacalito...” “...había inditos y muchas otras figuritas...” “... conejitos y ovejitas...”. También abusa de los despectivos: “Banquillo, animalillo, perrillo”. Y del superlativo en isimo..

Doy con equívocos; tal vez sean conceptos dichos incorrectamente: “...lo mismo que a los animales pequeños, sobre todo los gatos, que siempre son pequeños”. “Le tengo horror a los perfectos; sólo creo en la perfección de la bondad”. “...la muerte significa muy poco para un niño”. El aserto revela desconocimiento de esa tela, aún muy controvertible. Una rectificación. La autora refunde “toritos, lluvia de oro”, etc. entre las parásitas. Don Fidel Tristán insistía en aclarar: “Las orquídeas son epífitas. Simplemente viven sobre otro vegetal. Las parásitas se nutren de las sustancias del que las aguanta”. ¿Por qué la bandera a media asta el quince de Setiembre? Trascibo ad pedem litterae: “...una apoteosis de indignación, de civismo...” Cf. p. 152. ¿Un gazapo? ¿Otro? En su hogar no se oían ciertas palabras como “chancho” y más adelante, en el habla de su madre incluye “sangre de chancho”. Adela Ferreto marca el dos de febrero, “día de la Candelaria” para deshacer los portales. En otras partes de Costa Rica, es el de los Reyes Magos: el seis de enero.

Me interrogo: La Real Academia Española, ¿alteró la grafía del galicismo confort? En la obra comentada, la voz tiene una o paragógica. Azorín y Alfonso Reyes preferían la e final. ¿Inventó la artífice el verbo develizar? Cf. p. 209. Ignoro el sentido de varios modismos, como “echar rollo”, que figuran en *Crónicas de un tiempo*. Hiladillo es el término “feminizado” en el país; así lo escribe Adela. Ella da una acepción errónea a campear. Cf. p. 227. ¿Uso general? Me parece que sí, lo mismo que “de estampida”. Apud *Crónicas de un tiempo*. Según Rufino J. Cuervo es la forma originaria. La cabal es de estampía.- **Apuntes críticos sobre el lenguaje bogotano.** (Editoriales de la Librería Voluntad. Bogotá, 1955).

Anoté escasas cacografías: los nombres de tres eminencias y un costarriqueñismo —mazamorra—. Aquellos deben escribirse así: Cimabue, Amelita Gall-curci y Leo Frobenius.

¡Doña Cata! Evoco sus ojos verdes y su mirada triste. Su figura enjuta y muy ágil. Su atildamiento perdurable y su cordialidad sobria. Luego de varios lustros de ausencia, Katherine Hepburn en atuendo sencillo, me hacía acordarme de la virtuosa herediana, rediviva hoy en *Crónicas de un tiempo*.